

VIDA, VIVENCIAS Y RESILIENCIA



DANIELLA VILLELLA

VIDA VIVENCIAS Y RESILIENCIA

AUTOR: Daniella Villella

AÑO DE PUBLICACIÓN: 2019

PAÍS: CHILE

COLABORADORES

Portada: Rodrigo San Martín

Contraportada: Andrea Avalo

Revisión: Hugo Verdejo

Revisión: Karla Bustamante Tapia

Esta obra está protegida por la propiedad de derechos intelectuales, con el registro N°307.445

Se hizo depósito legal y se pagaron los derechos correspondientes

Queda prohibido el tratamiento informático de cualquier tipo en el que pueda ser modificado el contenido de esta obra, por lo que no se permite la conversión del archivo a formato docx, PDF para búsqueda o audio.

No obstante, entendiendo que los usuarios con discapacidad visual requieren de formatos accesibles para un acceso a los contenidos del libro, pueden enviar un correo electrónico a tiflotecnologia@elmundoatravesdemissentidos.cl solicitando el archivo en formato accesible, el cual se les entregará sin ningún costo adicional al pago previo del libro en formato epub, previa acreditación de discapacidad, mediante credencial otorgada por sus respectivas comisiones médicas.

Por otra parte, se autoriza a instituciones de educación superior y educativa, a que puedan facilitar a sus docentes el escrito, para el

desarrollo de clases relacionadas a la temática o a lo que el profesor/a estime conveniente.

Se permite compartir el libro entre personas naturales, no a si su reproducción por ningún medio o procedimiento ya sea, electrónico o impreso, etc. Cualquier reproducción sin permiso del autor/a vulnera derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

INDICE

Título	Página
Prólogo	1
Discapacidad y abuso	2
Comienzo a notar que soy diferente	5
Accedo a la educación regular	7
Discapacidad y vulneración de derechos	13
Dinámicas familiares violentas y abuso sexual	18
Vida y resiliencia	19
Tabla de salvación, pero que no duró	24
Sigo dando señales, pero que nadie vio	25
Siguen pasando los años y continúan los abusos	28
Familia y develación	34
Conciencia de resiliencia	40
Crecimiento laboral y académico	49
Reflexiones y logros personales post reelaboración del trauma	59
Agradecimientos	66

PRÓLOGO

Este libro, no pretende ser una guía para los lectores, un lavadero de conciencia ni menos una lección de vida. Este escrito intenta transformarse en una posibilidad para encontrar una salida, cuando se cree haberlo intentado todo, cuando se está convencido de haberlo vivido todo.

Sinceramente creo que siempre hay cosas nuevas que vivir, aprendizajes que adquirir, experiencia que ganar, y un futuro por construir, tampoco tiene como finalidad nombrar, excusar, encontrar ni juzgar a culpables, creo que ya hay suficiente literatura que habla de culpables, que ponen sobre la mesa diversos tipos de condena que debieran recibir quienes producen daño, para mí no es importante centrarme en ello, pero si lo es hablar de cómo reconstruir una historia después de experiencias dolorosas que amenazan con destruir la vida de miles de personas, sin embargo la resiliencia, se transforma en el pilar fundamental para atreverse a reelaborar y cambiar las biografías de miles de niños, niñas, adolescentes, hombres y mujeres, que en un minuto vieron como única salida, la muerte.

DISCAPACIDAD Y ABUSO

Desde el momento en que nace una criatura, existen miles de planes que giran en torno del recién nacido: Se piensa el mayor tiempo en el bebé, la vida se mueve en torno a sus cuidados: de alimentación, de aseo, de afecto, entre muchas cosas más. También se generan ideologías con relación a que le gustará cuando crezca, como será cuando tenga un año, si le gustarán las matemáticas, si será bueno para la escuela, o si el deporte será su pasión. En realidad, planificamos tantas cosas para un pequeño ser indefenso, quien lo único que busca en su primera aproximación al mundo fuera del vientre materno, es poder respirar y tener la fortuna de caer en una familia que lo cuide, lo proteja, le de afecto y que contribuya a su desarrollo.

Creo que esta también fue la visión que tuvieron mis padres con relación a mí y construyeron muchos planes para una pequeña criatura que no sería ni la mitad de lo que ellos esperaban, al momento de que naciera la única mujer entre los cuatro hermanos del matrimonio, yo era el broche de oro, la niñita que por fin había llegado, que tanto habían buscado.

Todo parecía normal, no había señales que dieran luces de que algo conmigo no andaba bien, y no fue sino hasta los tres meses de mi vida, cuando mi madre comenzó a notar que yo no era un bebé común, y que algo pasaba. Fue una vez mientras me encontraba en la cuna, acompañada de un móvil que colgaba de ella, que giraba para entretenerme, pero yo, inmóvil, ignorando por completo su existencia, hasta el punto de que me pareciera totalmente invisible excepto por su música, no daba señales de comprender que este juguete estaba cerca de mí.

Un día, con esta duda clavada en la garganta, mi madre decide colocarme en una de las ventanas de la casa, por las

que el sol entraba directamente y sin pensarlo dos veces, me hizo mirarlo de frente, lo que fue determinante para comprender que algo sucedía. Quedé mirándolo fijamente, sin ninguna reacción en mis ojos, claramente, las cosas, no andaban bien.

Fue así que tuvimos que pasar por muchos exámenes, médicos y por distintas hipótesis, pero sin duda, hubo una que fue determinante, cuando una de las enfermeras comentó y dijo, o es cieguera, o tiene retraso mental. Que duras palabras para mi familia en ese momento, por ahí por la década de los '90, en donde el rótulo tenía un fuerte impacto en el minuto de tener que etiquetar a un niño, o era el cieguito, el enfermito, el minusválido, el lisiado, el retrasado mental, en esos años donde apenas se comenzaba hablar de integración, donde el acceso a la escuela para un niño en situación de discapacidad prácticamente se limitaba a la votación de los equipos académicos de los colegios, para ver si decidían que era pertinente el ingreso a la escuela, si los docentes se atrevían a enfrentar el desafío de trabajar con discapacidad, pero por sobre todas las cosas, había que esperar que existiera voluntad de parte de los profesores para trabajar con un estudiante con discapacidad.

Finalmente dieron con mi diagnóstico, no era retraso mental, sin embargo, si era cieguera, ¿Qué vida se me venía por delante, ya no sería la niña retrasada como se les conocía de manera totalmente indigna a las personas con discapacidad mental sin reconocerlos como legítimos seres humanos, que solamente viven con una discapacidad? Pero si bien, volviendo al punto anterior, el rótulo de retrasada ya no estaría, (pero no por eso hacía la situación menos compleja), sería la niña cieguita, la pobrecita, la que todos se darían vuelta a mirar en las calles, la que tendría que depender de su familia y hermanos para todo.

Así comenzó este largo camino que traería muchas sorpresas y vivencias a medida que fueran pasando los años. Mientras se es pequeño, y no vas a la escuela, cuando no te hacen notar las diferencias, tú no te sientes distinto, no te das cuenta de que eres diferente, hasta que algo o alguien te lo evidencia: “para la mente pura y fantasiosa de los niños, no existen las desigualdades, las personas distintas, el rótulo, los estigmas, la discriminación”. Un niño solo quiere jugar, está dispuesto a amar y a ser amado, por una preciosa honestidad tan invisible que no notamos los adultos, y que, si tuviéramos un poquito de aquella honestidad, viviríamos en un mundo más humano, con sentimientos nobles, donde la preocupación por el otro no sería aplastada, opacada, por el ego, en esta idea de anteponer el yo a las necesidades de los demás.

COMIENZO A NOTAR QUE SOY DIFERENTE

Poco a poco comencé a notar mi discapacidad: recuerdo una vez, cuando tenía cuatro años, escuché a mi madre llorando y reclamándole a Dios, el hecho de que su hija, hubiera nacido ciega. Ahí estaba yo, con mis cuatro años, aún recuerdo mi vestimenta de ese día: un suéter claro y una falda oscura. Lo único que podía dilucidar visualmente a esa edad, escuchando pegadita a la puerta, el llanto desgarrador de mi madre, y sus reclamos cada vez más fuertes, en los que le decía a Dios por qué había dañado a su hija, que lo odiaba, no obstante, notaba en sus palabras algo de culpa, de miedo, de dolor, tanto así que fue inevitable sentirme culpable, culpable por haber nacido ciega, y dañar sin haberlo premeditado a mis padres. Abrí la puerta y me senté junto a ella, lloré con rabia y le pedí perdón, le dije que lo lamentaba y que no quería verla triste por mi causa.

Pero ¿Puedo culparla por ello? Era una madre angustiada, desesperada, inserta en una sociedad que, en aquellos años, veía la discapacidad como sinónimo de enfermedad, de caridad, de lástima, de limitación. La posibilidad de un futuro profesional para aquella época era impensada, y la idea de independencia casi no existía ¿Qué oportunidades entonces podría haber creído mi madre que existían para mí? Pero, aunque no la culpo, ni le recrimino por esa conversación, esa fue la primera vez en que escuché que yo era diferente y poco a poco comencé a entender que nunca iba a ser igual a mis demás hermanos o a mis compañeros de escuela.

Sin embargo, esa conversación, ese antes y después, produjo en mí el conocer la culpa, crecer con culpa, vivir con culpa, y de cierta manera, intentar redimir en algo el mal que había venido a causar, siendo diferente, esforzándome porque en la escuela me fuera bien, por parecerme un poco a eso que